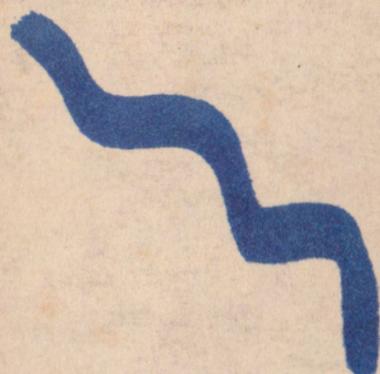


lee  
mm

ESTHER DE CACERES

EVOCAACION  
DE  
LAUXAR



URU  
864.6  
Cac

Exemplado de la Revista Nacional N.º 225 - Montevideo, 1965

Uru  
864.6  
CAC  
evo

ESTHER DE CACERES

EVOCAACION  
DE  
LAUXAR

*Carminio f70-*



Uru 864.6 CAC evo  
Evocación de Lauxar /



\*FHCE/097591\*

## EVOCACION DE LAUXAR

La Academia Nacional de Letras celebró una sesión especial el 30 de abril de 1965, para rendir homenaje al eminente profesor y crítico doctor Osvaldo Crispo Acosta. El vicepresidente de la corporación don José Pereira Rodríguez fijó el sentido, la justicia y la dimensión de dicho homenaje. La secretaria de la Academia, señora Esther de Cáceres, leyó la semblanza que publicamos.

Tengo que dejar la casa de mis cantos, el ámbito de silencio o de música que ellos requieren para ser melódicos y secretos, y situarme en una realidad del mundo pasada y presente, y evocar una figura vinculada a esa realidad, y por esa vía —también!— a mi casa del alma y a mis cantos.

La Academia de Letras ha resuelto realizar este homenaje al Dr. Osvaldo Crispo Acosta, y he tenido el honor, que agradezco, de que se me designara para evocar aquí su figura, cuya dignidad resplandeciente signó, durante muchos años, páginas claras de la cultura del país, en el que Osvaldo Crispo Acosta actuó como profesor, como crítico, como escritor, como persona de preclara entidad, irradiando los dones que tenía en altos niveles de la inteligencia, de la voluntad, de la intensa vida moral y de la libertad de Espíritu.

Desde la Cátedra, desde el ensayo crítico, desde la vida toda entregada al dramático desarrollo de la vocación; desde el renunciamiento ejemplar a todas las facilidades, el Dr. Crispo Acosta pudo suscitar siempre, en quienes lo contemplábamos con respetuosa seriedad, aquella exclamación entusiasta y profunda que Eugenio D'Ors estampó en uno de sus hermosos libros: «¡Feliz aquel que ha conocido maestro!»

Tal fue en su vida Osvaldo Crispo Acosta. Sin énfasis y sin alardes, en una línea modesta, en unas lecciones que desbordaban el límite que él quería asignarles, en unas páginas cristalinas, sencillas, que constituyen ahora esta obra seria, esencial, reunida en cuatro tomos, de la Biblioteca Artigas. Allí se ha recogido casi toda la producción del crítico, siguiendo la buena norma según la cual se está registrando, con criterio seguro, lo que constituye nuestra tradición literaria, construida sobre los apoyos en que puede fundarse un conocimiento de nuestro país y de su proceso histórico cultural. Estas publicaciones de la Biblioteca Artigas, dirigidas por su Comisión Editora, que preside con lucidez, generosidad y actividad admirables el Ministro Pivel Devoto, ha signado una etapa importante de la cultura nacional.

Al llegarnos, en manos del Ministro, los 4 tomos de Lauxar, la Academia de Letras rinde homenaje a este escritor, a este crítico y también a este catedrático, a este universitario tan fiel a un estilo; que no están divorciadas Academia y Universidad: se unen en razón de su peso sobre la cultura del país. Se unen en razón de aquella buena frase, no por manida menos verdadera y fecunda, la buena expresión quizá un poco olvidada por el avasallante paso del tecnicismo y la especialización; aquella que en nuestros días jóvenes Rodó nos traía desde la noble consigna de Guyau, aludiendo a la «*profesión de hombre*», primera condición del escritor, primera condición del universitario, verdadera piedra de toque para ambos.

Este carácter común necesario nos lleva a pensar en las relaciones posibles de la cultura artística y la cultura universitaria, en una hora cruel en que el signo dominante sobre el destino de las Universidades no involucra de modo vivo a aquella profesión de hombre, tan inherente a la creación artística literaria, sino que tiende a un amargo intento —más o menos consciente— de autodestrucción, en las mutilantes experiencias que Vaz Ferreira señaló al nivel de la especialización; que Rodó señaló, en los procesos del progreso mecánico; en fin, en todo lo que es sustitución del humanismo por un retroceso progresivo de lo humano ante la materia tal como podemos saberlo por la propia sufrida experiencia o por las voces más alertas de los filósofos de la historia contemporánea, que señalan los rasgos de una civilización homicida, que abandona al hombre en su más intenso ser, en sus más íntimas profundidades y que determina así lo que se ha señalado con índice de fuego como «*la tragedia del humanismo*»

Pensemos, pues, desde este sitio, en la trascendencia que para la cultura del país tiene una figura como la que hoy evocamos: su acción de escritor, redoblada por la acción didáctica, severa y lúcida, ejercida en la cátedra a través del paso de muchas generaciones de estudiantes, *a través de 57 años de ejercicio docente*.

Y si un mismo estilo, en sus rasgos esenciales, va desde el libro al aire de aquella cátedra y si podemos reconocer en el Lauxar de los ensayos a aquel que, con singular expresividad se daba en las clases, nos es dado advertir, a quienes seguimos las dos trayectorias de esa expresión, esta diferencia por la que, ya aparte las circunstancias de la elocución y del enfrentamiento con los estudiantes, el estilo se decanta y serena; y surgen más evidentes los rasgos propios del escritor en su soledad. De todos modos es ejercicio interesante la confrontación de ambos estilos en Lauxar, y así mismo la comprobación de una constante en ambas líneas. En cuanto a sus ensayos, el profesor Bordoli señala en el prólogo de la edición de la B. Artigas, los rasgos que aparecen desde la impresión primera: «...ni quiere mostrarse un prodigio de erudición; ni busca hacerse un si-

tio en una corriente, en una escuela; ni halaga o desestima, sobre la base de un cálculo de futuro personal. Discute, afirma o niega, pero no polemiza.»

La fisonomía del autor permanece invariable. Y así lo muestra en el estudio consagrado al Dr. Francisco Acuña de Figueroa; en el trabajo sobre Reyles, en los que siguen sobre Zorrilla o Rodó. Y quizá una de las razones de esta unidad tan típica, de esta característica fiel, es lo que el mismo prologuista señala con buen acierto: «Elogiaba por justicia. Censuraba por justicia... Razonaba sin paz sus entusiasmos. Los palpaba del derecho y del revés. Los situaba en la vida para probarlos en resistencia; les ponía piedras en el camino. Los contrariaba. Les hallaba límites dentro de los cuales, exprimiendo, soltaban ellos aún el zumo de oro de una convicción que se hacía, entonces sí, inexpugnable al cambio y a la edad. No sorprende entonces que su obra crítica muestre, desde su comienzo a su término, el mismo carácter, los mismos gustos, el mismo tono y hasta el mismo estilo.»

Y esta afirmación, que creo muy ajustada a la verdad, cobra, para nosotros un interés vivísimo si pensamos en esa lucha consigo mismo, en esa voluntad que tiende a regir el entusiasmo o la pasión según una norma de equilibrio y de objetividad. Porque este hecho no es sólo interesante en sí; son interesantes las relaciones de este hecho con el estilo mismo del escritor: esa lucha por mantener su objetividad, que fue en él un rasgo notable de su vida intelectual y de su labor crítica así como de su específica labor docente, *no turbó el estilo; no se advierte en ningún altibajo de su expresión; no altera su dibujo*. Ni aún en la glosa sobre Herrera y Reissig, todavía por estudiarse, pues debe ser considerada a la luz de una apreciación más tranquila, tal como la perspectiva del tiempo da, de la obra del poeta.

Alguna vez se podía percibir la pasión en las exposiciones críticas, en las notables lecturas comentadas de clase, y aun en el diálogo. Y era, más que en las palabras, en el gesto tan vivo, en la expresividad de aquella cara inteligente, en el ademán activo, elegante, y medido, contenido por una voluntad expresiva, por una educación exquisita, por un sentido respetuoso y vital de las formas.

Sobre la objetividad y la pasión apenas asomada, el amor a la libertad determinaba las actitudes más nobles del Dr. Crispo: recuerdo siempre cómo pugnaba para que cada cual se expresase a sí mismo; y cómo en su aula, a la que concurrí muchos años, escuchaba con paciencia mis clases, autorizándome a exponer temas en los cuales disentíamos fundamentalmente (sobre todo los que se refieren a Poesía moderna). El se sentaba, modestamente, en el fondo del salón; alguna vez sonreía o meneaba la cabeza, con leve gesto negador...

Este es el hombre que encontramos en los ensayos.

Se han reunido en los tomos de la B. Artigas interesantes ensayos que datan desde el año 1908, y en los que el autor demuestra, desde los comienzos de la producción, una capacidad y una vocación de crítico bien señalada, con rasgos muy propios, inherentes a un carácter que se acentuará y desarrollará a través de los años, en la Cátedra y en el trabajo del escritor.

Y estos rasgos se dan fundamentalmente según una orientación hacia la objetividad, hacia la sobria expresión, hacia la medida de los propios límites. Tales elementos pueden ya señalarse desde el primer ensayo de Lauxar en *Motivos de Crítica*, en la sintética y clara exposición sobre la Literatura Hispano Americana, en cuyo enfoque coincide con las apreciaciones de Azorín sobre el tema —El paisaje en la poesía— y con las de Rodó a propósito del mismo punto en el magnífico ensayo sobre Darío de «*La vida nueva*». Allí Lauxar expone, sintética y claramente, la situación de la literatura americana en la época, vinculándola a su momento histórico en que nacerán hermanas en América la libertad y la poesía, y vinculándolas al proceso de las escuelas, lo cual le permite afirmar que la producción hispano americana no ha mostrado sino incidentalmente o en plano muy reducido la originalidad del suelo y del hombre americanos.

La línea según se hacen estas y otras afirmaciones, en el ensayo de Lauxar, es una línea didáctica, ya bien marcada. El profesor y el crítico, el profesor y el escritor, asoman en ella, unidos por un mismo estilo, por una misma intención, por un mismo tono; quizá la intención didáctica pone límites, sujeta el vuelo, significa sacrificio, renunciamiento, fidelidad a un modo específico de servir.

Pero estilo, intención y tono se relacionan profundamente con el carácter intrínseco del escritor: en él se apoyan, como claves de esa vocación, los rasgos expresivos, bien definidos. Los instrumentos del crítico son aquí, sobre todo, la buena razón, el deseo de claridad, la tendencia a definir, el gusto por descubrir las ideas y mostrarlas con limpidez; y el deseo tenaz de comunicarse con el hombre que se expresa; sobre todo, por esa vía de la razón esclarecedora, en una labor que podríamos considerar, sobre todo, labor intelectual, que acerca la crítica y el análisis literario a las disciplinas de la ciencia.

Esta era la orientación de Lauxar en la Cátedra y la orientación de Lauxar en su trabajo de escritor. Y de tal orientación provienen los caracteres esenciales de su obra: el dibujo sostenido, la gran claridad. Esos eran sus rasgos expresivos, y los encontraremos en su obra escrita tal como los hemos encontrado siempre en sus vivas exposiciones de la Cátedra.

No se desordena nunca esa exposición. No la turban —ni aún en algunos momentos excepcionales en que ciertos rasgos de pasión pa-

recen llegar, inesperadamente, al juicio— tal en las páginas sobre Herrera y Reissig, la presencia del sentimiento o la sensibilidad tocada por la obra de arte. Ni las concomitancias de esta obra con vivencias del yo profundo del escritor. Hay en él un ejercicio sostenido de la razón y de la inteligencia; y una *voluntad* dirigida a cuidar y vigilar tales dones de la naturaleza desarrollados según la cultura de una época. Del don natural y de la formación que lo cultivara nacen esta orientación y este carácter tan aparentes en la obra y la vida de Osvaldo Crispo Acosta. Su obra de escritor se singulariza por el modo intenso —y a la vez recatado— con que esas fuerzas se expresan, determinando un estilo singular, cuya sobriedad no excluye el registro de un carácter fuerte y libre, pleno de señorío. Este estilo determina la unidad de la obra. Tenemos ante nosotros los cuatro volúmenes que se han editado en la *Colectión de Clásicos Uruguayos*. Los ensayos allí recogidos revelan la actitud del autor frente a su misma producción y a la producción a cuyo estudio se dedica. Una actitud de respeto, de entregado estudio; un deseo de mostrar la obra literaria tal cual ella es: como si se tratara de revelarnos, en espejo fiel, aquello que el autor quiere darnos y que a veces no llega sin la generosa labor reveladora del crítico. Y éste ha de ser, de todos modos, un creador. Aún en los casos, los más numerosos, en que el crítico no puede colocarse en el nivel del creador, «del crítico artista», que dijo Wilde, el crítico ha de tener de común, con el creador, un acento, más o menos declarado, y en el que va implícito algo de su personalidad, por más objetivo que él sea y por más empeño que ponga en mantenerse en tal objetividad. Y una condición previa, aquella de que habla Rodó en uno de sus magníficos ensayos: «La capacidad de admirar, que es, sin duda, la gran fuerza del crítico: pero los que lo somos o aspiramos a serlo tenemos nuestro inevitable trasgo familiar a quien atormenta el prurito infantil de afilar sus menudos dientes hincándolos en carne noble».

La capacidad de admirar tiene, en la expresión de los críticos, su gradual y sus modos. Falta en algunos, y entonces, la empresa —valga la afirmación de Rodó— queda frustrada. Los ejemplos son lamentables y visibles. Todos conocemos algo de esto.

La capacidad de admirar aparece en otros como una generosa fuente; exalta, enriquece, recrea; puede llevar al vértigo. Pero es generosa, amplia, feliz. Y es fecunda, creadora, ejemplar, si se somete al gobierno de la razón, de la medida, del justo límite. No exalta, define, según el consejo d'orsiano.

Lauxar sabía bien cuál era su signo, su línea, su medida. Y todo en su estilo denota esos límites y esa conciencia; ese saber cierto sobre sí mismo, sobre su relación con los autores a estudiar, sobre sus posibilidades de transmitir este conocimiento.

Se vincula su estilo de crítico con la línea que reconocemos más cerca de la ciencia y de la historia literaria. Utiliza, con cautela, los medios que los críticos del siglo XIX utilizaron; hasta cierto punto, los que radican en las relaciones consabidas del sistema de Taine; sin esquematismo, sin pesadez escolar, Lauxar da su sitio al fervor histórico, al hecho biográfico, hasta a la anécdota. Pero hay siempre en él un singular sentido de la medida; y no cae en los riesgos del amaneramiento, ni en los riesgos del esquematismo. Si se inclina, en general, a ciertos modos de la crítica próximos a la disciplina científica, mucho habrá en su análisis literario, sobre todo en su lectura explicada, de la intención que hace en nuestros días el eje espiritual de las doctrinas de Vossler, de Leo Spitzer o de Amado Alonso en cuanto al análisis literario se refiere. Lauxar da siempre al autor con delicado acierto, vinculándolo con su destino, con su medio, con su ser íntimo.

Así nos ha podido dar la figura de un Darío, de un Reyes, de un Azorín o un Machado, con natural enfoque, con sencilla y fiel visión percibida a través de los documentos más válidos; y con una simpatía que se asoma a la objetiva narración de hechos o a la respetuosa y comedida interpretación de la obra o del rasgo biográfico acotado. En esa simpatía, en ese interés humano, que trata de buscar en vida y obra el espíritu del autor y sus más dominantes rasgos psicológicos, es en donde aparece, cautelosa pero develada, la personalidad del Dr. Crispo Acosta. Cautelosa, sí, medida, sometida a un vigoroso señorío, y por lo tanto, viva en el estilo según los rasgos que ya dije: dibujo certero, equilibrada sintaxis; claridad cristalina.

Es, pues, esta crítica una crítica que se relaciona con las normas clásicas. Objetividad, claridad, predominio de la razón sobre la sensibilidad —y aún, mejor todavía— presencia del ser entero en un equilibrio que la Razón preside y gobierna.

A través de los años la vocación de Lauxar siguió, encendida lámpara, iluminando su acción en la Cátedra y en su labor de crítico. Pasaron tiempos de silencio en su trabajo de escritor. Muchas veces lo interrogué, lo insté. El tenía un tan elevado concepto de la labor del crítico, de la labor del escritor, que siempre contestaba planteando la desproporción que veía entre ese nivel y el de sus cualidades y aptitudes personales. En una dedicatoria con que me regala un libro sobre Reyes dice: «con verdadera vergüenza; aunque le parezca mentira, no quiero ni acordarme de lo que puedo haber escrito en este libro...» ¿Por qué me decía esto...?

Hacia los últimos tiempos la vocación del escritor venció y trabajó, hasta el fin de sus días, en este ensayo sobre Bécquer, que las nobles manos de una discípula fiel, la Sra. Martínez Gallardo de Paladino, tomaron con amor y prepararon para su publicación en la

*Revista Nacional*, en un número de homenaje a Lauxar que ella misma pudo pensar, organizar, gracias a la generosa acogida del director, José Pereira Rodríguez.

El trabajo sobre Bécquer, pleno de lucidez y de ricos aportes nos da a aquel Lauxar de los primeros años: los mismos rasgos acentuados en plenitud; la misma insistencia tenaz en la investigación; el buen estilo proporcionado perfectamente al tema tratado y al ser que lo trata; e incluso, a los fines conque el tema es tratado. Quizá esta adecuación de estilo, esta exacta proporción constituyen el mérito literario esencial en los trabajos de Lauxar, y en el trabajo sobre Bécquer puede apreciarse con toda nitidez.

Entre la producción anterior y este ensayo hay algunas glosas sobre escritores uruguayos, que fueron publicadas en revistas; sobre Juana de Ibarbourou, sobre Emilio Oribe, sobre mi *Antología Poética* (1).

Y luego reedita sus *Lecturas literarias*, texto estricto y cuidadosamente, delicadamente pensado para los estudiantes; el libro sobre Zorrilla y el ensayo sobre Rodó.

Podríamos detenernos a considerar el valor, escondido, poco aparente pero de gran entidad, la organización del texto de *Lecturas literarias*. Es de una modestia impresionante. Podría parecer pobre. Y sin embargo; qué sentido didáctico; qué orientación certera; qué don de síntesis; qué ajustada selección de textos! Las notas que vienen junto a la breve antología de cada autor revelan un don fundamental en el autor del texto, el don de jerarquizar los datos; el don de síntesis; la posibilidad de regirse según ideas generales; la posibilidad de ir a lo más significativo en la vida y en la expresión de los autores.

Una vez fui generosamente invitada por Lauxar para redactar yo el segundo tomo de estas *Lecturas literarias*. Al pensar en la empresa (que de ninguna manera hubiera yo aceptado) pude medir bien esas condiciones, escondidas bajo la apariencia modesta de un texto escolar, me limité ante su gentil insistencia, a redactar el capítulo sobre Juan Ramón Jiménez; y las dificultades que encontré, al intentar ponerme a tono con el nivel del libro, me llevaron a admirar más y más las cualidades didácticas que triunfan en él y que registran, en cierto modo, la capacidad de maestro de su autor.

Sólo una experiencia así directa puede colocarnos en el verdadero nivel de apreciación de tal libro y llevarnos a decir, con gra-

(1) La nota sobre la *Antología* de Esther de Cáceres aparece en el tomo de la Biblioteca Artigas como recogida en la *Revista Nacional*, en el número de homenaje a Lauxar, con fecha de ese número (1963). En realidad el trabajo es del año 1945, fecha de aparición de la *Antología* e interesa aclararlo, pues en él Lauxar se refiere a una etapa ya alejada de la poesía de Esther de Cáceres.

titud por la lección: *Amemos esta sencillez, esta honradez esencial; este afán de servir; esta fidelidad a los fines más generosos.*

Y allí también, en tal libro, como en los de más general entidad, la acentuación sobre los modos de objetividad y sobre la pasión o la visión personal develada oscila en los diversos ensayos, en los diversos temas; pero aún en los casos en que el autor quiere mantenerse alejado, sin que sus sentimientos incidan sobre el juicio, el interés humano, el movimiento íntimo de simpatía o de repulsa, aparecen latiendo como late bajo la piel un pulso tenso.

Y es interesante observar cuáles son sus elegidos temas. En la Cátedra abordaba los de Literatura Universal, dejando que los estudiantes eligieran, cuando había posibilidades para esa opción, según el régimen de estudios. En la labor crítica eligió temas de literatura hispano americana, seguramente, en primer término, por honradez frente a los problemas idiomáticos. Sirvió así a una causa fundamental: la de reavivar nuestros vínculos con las propias fuentes. Los temas nacionales fueron elegidos por él con gran interés; y también los autores españoles; tenía así la mirada alerta al valor de la tradición en su más noble sentido, el único fuerte, libre y válido.

Puede decirse que, dentro de su noción universal de la cultura, se situó próximo a dos de nuestras esenciales orígenes: la cultura francesa —que en él se da sobre todo en la influencia al nivel de los críticos y pensadores del siglo XIX— y la española, a la que se vincula por importantes trabajos como el ensayo sobre Bécquer, sobre Machado y sobre Azorín. Está él así en lo más intenso de nuestras fuentes; y tiene singular valor que su trabajo se dirija hacia ellas. Sabemos que una de nuestras desventuras radica en el alejamiento precoz con respecto a esos orígenes, a esas influencias aún no decantadas en nuestra cultura, desplazadas muchas veces con violencia por el aluvión de fuerzas esporádicas y extrañas, que no han dejado madurar el fruto de las culturas madres. Lauxar elige temas de literatura española, y se detiene en autores capitales para nosotros: aquellos de la *generación del 98* que según creo significa una ventana ancha para remirar lo español y, además, para sentir la corriente de *revaloración de lo clásico* que ese movimiento nos trae.

Podríamos decir, teniendo en cuenta los ensayos y las clases de Lauxar que en la obra de los autores le interesaba, de modo capital, el alma y la vida de los autores; en la crítica o en la lectura explicada surgía vivo el interés por el hombre; y él realizaba así un ejercicio ejemplar para lectores y críticos: el ejercicio por el cual crítico y lector se vinculan con el autor, tratan de conocerlo íntimamente y de conocerse a sí mismos a través de este fecundo y singular contacto; ejercicio humanísimo, que afirma para siempre, sobre cualquier teoría sensacionalista a propósito de Arte social, el valor social del Arte.

Sí; podría contestarse cualquier imputación de las que se han hecho a Lauxar sobre una supuesta misantropía este evidente interés humano con que indagaba en los textos buscando la huella de sangre y alma de sus autores. Qué señala en ellos; qué ve de sus almas; qué muestra de sus vidas: todo eso nos da un camino para saber cómo era el ser de Lauxar, alrededor de ese su interés humano, su curiosidad por el creador y sus móviles, su actitud de asombro y de respeto por la vida y el pensamiento que se asoman a la obra de arte. Pero esos rasgos no quedaban en el nivel de la valoración crítica, ni de la curiosidad siempre respetuosa y a veces un poco inocente con que el crítico consideraba al autor. Ellos se convertían en elementos ejemplares, en puntos de apoyo para enseñar, en el aula, la belleza de los héroes, la fecunda lección de las actitudes de cristalina estirpe moral, la victoria de la expresión heroica. Así, con tranquila medida pero con algún gesto, algún matiz de voz que enriquecía e iluminaba la exposición y ponía en el ámbito un resplandor misterioso e inolvidable, Lauxar indicaba el heroísmo de un Flaubert en los trances de su minuciosa artesanía de escritor: o, con la mirada tendida a la luz nítida de Grecia, mostraba la belleza inmortal de los héroes, la conmovedora fuerza de la dignidad moral; o con acento más hondo y emocionado evocaba lo inefable de una presencia maravillosa en el pasaje evangélico de los peregrinos de Emaús.

Y allí aparecía, junto a este interés vivo por lo humano, por la proeza del escritor, por la proeza del héroe, por el secreto íntimo de los personajes, el interés de revelar todo esto, de ponderarlo, de transformarlo en experiencia cultural y espiritual de los que lo escuchábamos. Transformando así la creación literaria en fuente viva de experiencia, de aprendizaje moral, de saber de vida y alma. Modo esencial de crear una cultura, de influir en la Historia cultural de nuestro ambiente. En sus páginas de Crítica, esta aventura se señala intensamente. Sin los rasgos de la crítica psicológica o biográfica, —sobre todo sin los rasgos de la crítica psicológica— Lauxar da, sencillamente, diríamos espontáneamente, su visión de autores y personajes, y también —sin alardes sociológicos— la visión del medio en que esos seres viven. Así, a través de los ensayos sobre temas de Literatura Nacional, sintética pero muy vivamente, evoca los ambientes nuestros, en los diversos momentos en que se sitúa en ellos la vida y la obra de los autores estudiados. Y como los datos son exactos y bien elegidos, podemos decir que nos encontramos en la páginas, frecuentemente, con una evocación feliz del medio histórico, del ámbito social, del espíritu del país. Así en el ensayo sobre Reyles, sobre Rodó, sobre Zorrilla. La personalidad de los autores, la gesta de su obra, la obra misma, se inscriben en un área que el crítico dibuja con medida y precisión, componiendo los elementos propios de figuras y estilos con los propios del medio, con aciertos narrativos

fugaces pero ricos de valor, ya en sí mismos, ya por el aporte que significan para la estructura general del ensayo, para su composición; ya por el poder evocador conque enriquecen la glosa crítica con elementos narrativos y descriptivos de lograda entidad.

La médula del ensayo es, naturalmente, otra; es el estudio directo de las obras, de su sentido y de los medios estilísticos empleados por los autores. Buen ejemplo de esta búsqueda nos da al fin del trabajo sobre Ruben Darío. Con una discreta medida, al fin del mismo, señala la gran aventura de Darío en la persecución y hallazgo de sus medios. Es singular el aporte y el modo de ofrecerlo.

«Para no cansar al lector, dice, con una exposición larga, fastidiosa para los peritos en la materia y completamente inútil para los que no tienen competencia especial, resumimos las creaciones y particularidades métricas importantes de Rubén Darío en el siguiente cuadro».

Y sigue, en clasificación muy lógica, muy ordenada, la enumeración de los procedimientos del Poeta, el estudio de sus versos más usados; los versos regulares, los irregulares, la combinación de versos, la rima, las estrofas, las composiciones métricas; el modo de usarlas, el aporte con respecto a los versos griegos y latinos; elige los ejemplos y los trae a este cuadro y logra, en fin, —a pesar de lo escueto y de la línea de esquema sólo interrumpida por algunas vivas notas al pie— dar una idea del proceso admirable por el que el autor de *Cantos de Vida y Esperanza* valoró sus instrumentos a través de una verdadera hazaña estilística por la que logra al fin decir lo más íntimo suyo y lo más íntimo del hombre eterno, en los hondos nocturnos y sobre todo en la expresión transida y poderosa de «*Lo fatal*».

El trabajo de Lauxar sobre Darío aborda muchos temas vinculados a la creación del poeta: esta última reseña, escueta y prolija, tiene una significación fecunda. En su sencilla formulación es de una eficacia didáctica muy expresiva y abre las puertas a una de las fases del estudio estilístico de Darío, así como a la consideración de su paso en los caminos arduos de la expresión heroica.

Y así como estudia estos medios, Lauxar estudia el proceso del alma de Darío, la evolución espiritual que se va haciendo a la par que el «tiempo terco» anda con su pie victorioso e inexorable por la vida y el corazón del poeta. Pasaje singularmente sutil el del ensayo, al nivel de las páginas en que se estudia este trance del creador. Lauxar dice en páginas admirables la sutil vida interior de Darío y la relación de esa vida con la vida de la forma, con la belleza de los poemas, con la estirpe de esa forma y de esa Belleza. Ha podido decir todo eso con gran limpidez, con gran sencillez: y justamente, lo que sorprende es esta sencillez para expresar cosa tan compleja como el misterio de Arte, tan ligado al misterio de Alma, frente a los

cuales se sitúa el crítico en una actitud de respeto, admiración y noble curiosidad. Parecería que sin esfuerzo llega a comprender y medir tales misterios de alma y arte, y que puede así mostrárnoslos con apacible sencillez.

Decimos objetividad —muy voluntaria objetividad— muy probada.

Alguna vez irrumpe, sorprendiéndonos, el acento propio; la alusión a la propia persona; el verbo conjugado en primera persona.

Y, es por ejemplo, en el ensayo sobre Azorín, a quien tiene Lauxar un particular y explicable cariño, que asoma, incontenible, el rasgo personal.

Creo que en este momento, el propio Azorín, el del pronombre en primera persona, el encantador Azorín, tan presente en la realidad que muestra, domina a su crítico y lo contagia con su propio acento.

«Tengo ante mí, bajo mis ojos, al alcance de mis manos, sobre la mesa en que escribo, las obras de Azorín», dice Lauxar. Y encontramos extraño que diga de sus ojos, sus manos, de su mesa de trabajo...

Y luego se refiere a un libro que le atrae, «con la secreta seducción de su título sugestivo: «*Soledades*», y dice: «¿No estará en él, todavía incierta, apenas insinuada, la primera revelación de ese reconcentrado espíritu manso y reflexivo, que fue después el carácter eminente de Azorín?».

Y sigue confesándose, por modo singular:

«Quiero precisar, definir ese carácter, voy a buscarlo en sus obras. Por eso las he reunido a mi lado. Ellas me recuerdan viejas impresiones de entrañable simpatía, de cordial admiración. Yo conocí en mi juventud a Azorín por el pequeño libro en que habla de la vida de este peregrino señor. El fue para mí un segundo Anatole France, un France naturalmente, más sencillo, a pesar de sus voluntarias complicaciones ingeniosas. ¿No había en él casi la misma ternura sonriente y compasiva del otro para la vanidad fatal de las aspiraciones humanas, casi la misma piedad irónica para el dolor, inseparable de la vida? Yo adoraba a Anatole France y Azorín me encantó con *Las confesiones de un pequeño filósofo*, parecidas por su inmunidad y su malicia a los recuerdos, a un mismo tiempo melancólicos y rientes, de Pierre Nozière.»

Sorprende, sí, el acento directo, personal, de estos pasajes. Todo el ensayo trae signos de este deseo de comunicación, de esta cordial entrega, que asoma en numerosas interrogaciones, en afirmaciones categóricas y en una persistente presencia de lector frente a autor, en una corriente viva de simpatía, en unos encuentros cuya flor más feliz es la admiración declarada, la alegría que nace de la comprensión, de la semejanza de almas, del análogo secreto destino. Es segu-

ramente la contra figura de lo que ocurre en las páginas sobre Herrera y Reissig, siendo este ensayo sobre Azorín, según creo, más entero y logrado, más importante en su entidad esencial y en su desarrollo. En las notas sobre Herrera hay seguramente un toque más circunstancial, y una falta de perspectiva que afecta al juicio. Aunque puede considerarse también allí el poder que el crítico tiene de independizarse de lo próximo, de muchos elementos próximos, algunos positivos, poderosos, para descubrir la nota falsa, y para decirlo con libertad. Por todo esto, creo que el juicio sobre la glosa de Herrera es difícil y todavía no está debidamente balanceado... Lauxar lo definió «como páginas odiosas pero sanas...» y dice al pie:

«Quien desea apreciar en su verdadera posición esta crítica de 1914 tenga bien presente que Julio Herrera y Reissig, inexplicado todavía, mal comprendido por quienes se jactaban de conocerlo e ignorado por los demás, servía de bandera a una turba de espíritus groseros infatuados en petulancia de superioridades quintaesenciales. ¿No se reparten sus obras, por decreto oficial del Presidente de la República, en los establecimientos de 2ª enseñanza, para estudiantes de campaña menores de dieciséis años? Ocurría entonces con el modernismo lo que ahora con la poesía nueva. Los más incapaces de entenderlo eran quienes pretendían representarlo entre nosotros, y así levantaban contra él la resistencia del público falsamente impresionado.

Se imponía la crudeza de la verdad contra la alharaca insolente del endiosamiento incomprensivo; tal fue la única intención de este trabajo».

Podría ser ésta la buena clave para comprender —en un primer plano de la apreciación— la crítica que Lauxar realiza frente a la obra de Herrera. Pienso que ella tiene, además de estos factores de reacción circunstancial, otros reductos más valederos en que apoyarse; serían, me parece, aquellos relativos a ideas generales, a conceptos de Estética en que puede fundarse y ampliarse la revisión de la obra de Herrera: desde mi punto de vista, ellos radicarían sobre todo en la crítica del barroquismo y del esteticismo. A esta altura, pues, de los conceptos estéticos de la percepción estética, la crítica de Lauxar no parece tan violenta ni tan fundamental.

De todos modos, en esas páginas Lauxar da, con acento marcado, la medida de su independencia, que resplandece siempre como un elemento de valor en toda su crítica.

Esta independencia es un elemento de estirpe moral. Se cruza, con los otros más específicos y quizá fundamentalmente necesarios en el ejercicio de la crítica; pero es un elemento moral que si en todo oficio es requerido con grave exigencia, en el ejercicio de la crítica puede considerarse factor esencial. En Lauxar aparece como un eje en la relación de crítico, autor, lector; y quizá no es ajena a

tal eje la claridad de la expresión y el carácter de ese estilo directo, sencillo, como el agua límpida.

Conocer su estilo era, pues, saberlo a él mismo, como si su herético ser se revelase, en un ansia de comunicación humana, en las páginas del escritor y en las exposiciones magistrales del aula.

Y así surge su imagen.

Difícil es el retrato de Lauxar. No puede dibujarse sobre anécdotas por más expresivas que ellas sean. Muchas veces, justamente, discutí con él sobre el valor de las anécdotas. Yo combatía el anecdotismo por amor a la categoría: por la conciencia que tengo a propósito de las dificultades del anecdotismo: saber con precisión la anécdota, elegir la esencial, característica; saber narrarla, fiel a la realidad y fiel a cierto rigor estético. ¡Cuántas dificultades! ¿Quién las salvará?

Pero quise yo decir el retrato de Lauxar tal como mi ansiosa mirada lo descubrió. Tenía el paso elástico; los ademanes ágiles, en una eléctrica tensión a pesar de la cual no perdía nunca la medida, el señorío ingénito y cultivado, el buen gusto en todos los gestos. En la clase estos caracteres constituían valiosos medios para subrayar disertación y lectura. Medios inolvidables, que en las manos alcanzaban singular poder de expresión. Eran las suyas manos muy vivas, en las que se revelaba mucho de la intensidad de su carácter.

Lauxar tenía, además, como medio extraordinariamente personal, la bella voz sonora, de extraño timbre entero, que él manejaba con maestría y que fue uno de los puntos de apoyo de su acción pedagógica.

Ademanes, gesto y voz se concertaban con una presencia dignísima y con aquellos rasgos fisonómicos característicos ligados a cruzadas razas; creo que con acentuada línea portuguesa semejante a la que en retratos de su madre vi alguna vez.

El contraste entre el color cetrino de aquella cara y el tono de los cabellos, que fueron prematuramente canos, daba extraña intensidad a su aspecto y acompañaba a la expresión viva de los ojos, de un negro profundo y unas pupilas tocadas de ligera niebla. De allí venía una mirada extraña y lejana, reveladora, intensa, que no puedo olvidar.

Evoco, ahora, pensando en esa mirada, la emoción con que vi en el Museo Metropolitano de N. York, el cuadro en que Rembrandt representa a Aristóteles contemplando un busto de Homero. Como en todas las creaciones de Rembrandt aquí subyugan los valores plásticos, los tonos prodigiosos, la rica materia pictórica, el sabio claroscuro... Pero esta vez no pude menos que detenerme en algo conmovedor del cuadro, en algo que supera, por su significación universal a la anécdota; es la mirada de Aristóteles. Una mirada en



que el pintor pudo decir toda la melancolía y el vencimiento con que llega el hombre frente a sus límites.

Tal es esa poderosa lección de Rembrandt.

Providencialmente ella hace arder el aire en un país en que esos límites se hacen tajantes al nivel de la técnica, la ciencia y el poder material.

Ahora, pensando en los maestros que tuvimos, en los que venían del siglo XIX, en este tan querido Lauxar, el recuerdo de esa mirada triste y profunda que pintó Rembrandt se posa en mi alma. Y constituye una rediviva lección, para meditar, y para admirar más cordialmente que nunca a aquellos que, situados en un momento histórico, ni pudieron sobreponerse al triste rigor del agnosticismo, ni realizar la feliz apreciación que hiciera Bergson en un momento decisivo para la cultura de nuestro siglo: «es en lo absoluto que somos, nos movemos y vivimos».

De aquella mirada que una noble tristeza y una noble fatiga ahondan; de aquella mirada que revela el sufrir del hombre ante los límites de la Razón vienen la tristeza y la soledad que asoman en todo retrato vivo, en todo recuerdo de Lauxar. Y también su llamado a nuestra comprensión y a nuestro respetuoso cariño. Por aquella mirada triste, por aquella soledad y por esta incompreensión, y hasta por vía paradójal, él nos ayudó a soñar un conocimiento pleno, libre de límites.

Intensamente percibíamos esto cuando lo seguíamos en la Cátedra. Allí él nos hacía pensar en la grave afirmación de Kierkegaard: «El que no sabe repetir, es un esteta. El que repite sin entusiasmo es un filisteo. Sólo el que sabe repetir con entusiasmo renovado constantemente es un hombre».

Pensábamos en esto cada vez que alguien, con ligereza imperdonable, nos indicaba a propósito de Vaz Ferreira, o del mismo Lauxar, con acento peyorativo, que ellos repetían...

Repetían... ¿recordáis la conmovedora y dramática insistencia de Vaz Ferreira, repitiendo, con sacrificio cruento, clamando en el desierto?

Sí; repetía Lauxar en su Cátedra... Pero cada año, y lo pude percibir bien, había un toque nuevo, un acento nuevo. Ese toque se nutría en nuevas lecturas, en nuevas investigaciones, en nuevos pasos del Tiempo sobre su alma; pero también en el entusiasmo sin alardes exhibicionistas con que el gran profesor abordaba sus temas, amaba los héroes, valorizaba el *trabajo de los autores*; gozaba — cada vez más — de la luz de su Homero; de la vida entera de Dante, de la nobleza del Quijote; de la inteligencia de Renán; — del misterio y resplandor de los evangelistas... Y lo más asombroso en esta permanencia y progresión del entusiasmo, de la vocación didáctica, era su victoria a través no del tiempo — que madura y embellece — sino

su victoria a través de la involución del estilo del estudiantado, a través del clima universitario disminuido; a través de un modo en que nuestro país ha descendido lamentablemente, con acelerado paso...

Esa era la victoria esencial de Lauxar. Como si no pasase todo eso; como si tal disminución de la fuerza y tal vencimiento de las calidades no significasen lo que significan — un lamentable descenso de los niveles espirituales y culturales del medio — nuestro Maestro seguía sosteniendo su estilo, su señorío, su específico carácter.

Pude bien, a través de más de veinte años, seguir este paralelo entre tal entidad, tal carácter, tal nivel de calidades, y la regresión ambiente. Y medir así el heroísmo de Lauxar al mantener, entera y fuerte, la victoriosa dignidad de su estilo.

Podría ilustrar sobre esta afirmación una de las últimas páginas de la historia del Dr. Crispo Acosta en las aulas. Tuvo él que reconvenir a un estudiante, en sala de exámenes, por actitudes desajustadas, irrespetuosas, indignas del sitio. El estudiante le respondió con insolencia. El Dr. Crispo lo invitó a acompañarlo a la dirección de la Casa de estudios. Ambos llegaron a la puerta del Director. El Director estaba muy ocupado e hizo esperar al Maestro en la puerta. Durante la espera, nuevo ataque del estudiante, y una situación absurda e incómoda que no se resolvía, porque el director no tenía tiempo para atender a este profesor que durante cincuenta y siete años fue ejemplo de Maestros.

Podría esto darnos la idea del medio con que el Dr. Crispo Acosta tenía que enfrentarse y de la larga paciencia con que tenía que enfrentarlo...

Pero todo se borra; todo eso entra en un aire más tranquilo cuando pensamos en la muerte del Dr. Crispo Acosta y en las circunstancias en que ella se produjo.

Era en los días en que lo evoca el prologuista de esta edición de las obras, en un fiel retrato. Dice el profesor Bordoli: «Su cara tenía en estos últimos años, una expresión de asombrosa pureza, comparable a esa que suele verse alguna vez en la fisonomía de ciertos pensadores. Su mirada sin indagación ni curiosidad, sin imperativos ni ruegos, pero muy viva, era la absorción en sí mismo de quien ha quemado todas sus naves interiormente y en lo exterior deja ver sólo el silencio en que el espíritu ha quedado».

Ya con la salud muy quebrantada, con las fuerzas muy disminuidas, dejó su casa en el atardecer para ir a dictar la clase. Antes de partir había hablado conmigo, y estaba cansado. Antes de partir, había pedido a una de las personas que cuidaban su casa que rezara por él. Había sostenido con esa persona una conversación larga a través del día, sobre el Santo del Día, San José, a quien los fieles miran como el protector de la buena muerte. A propósito: esas con-

versaciones con la modesta criatura eran para mí impresionantes. Muchas veces tuve noticias de ellas, por el mismo Dr. Crispo y por la interlocutora, que a veces me ha hecho pensar en el personaje simple, fiel a la consigna de servir, que pintó maravillosamente Flaubert en una de sus novelas. La noticia de esas conversaciones conmovedoras, me dice que lamentablemente hay un dato que ha despistado a nuestro amigo, el prologuista de las obras de Lauxar, acerca de la relación de éste con las personas que lo rodeaban. Son los peligros de la anécdota...

Y bien. Partió el Dr. Crispo para su clase. Algunos profesores lo encontraron extraño, algo ausente y cansado. Llegó a su clase. Comenzó a decir. Y de pronto se excusó, y quiso retirarse. No pudo sostener su erguida figura, su ágil paso. Y los estudiantes, que ya lo querían, que ya habían sentido la simpatía profunda y humana, la íntima ternura de aquel ser, se acercaron para sostenerlo y recogerlo en su paso último.

Tal fue el aire tierno de una reconciliación final; tal fue el destino de morir, la muerte en pleno sitio querido a través de una vida; tal fue el signo último de la vocación asumida heroicamente por Lauxar.

Después, una gran paz sobre su cara, sobre su silencio; sobre este recuerdo que nos deja y este vacío devorador en el que lloramos cada vez que un amigo se va; cada vez que un herida cruel se infiere al país con la desaparición de sus seres más nobles.

.....

Vuelvo a la casa de mis cantos; al ámbito extático en que ellos viven su melodía secreta, su ser solitario.

Pero sé bien que hasta ese sitio me acompaña el aire del mundo doloroso y bello; y en el aire del mundo, el recuerdo de los amigos que con su alma me ayudaron a cantar; y, en el aire del mundo, el paso de aquel Maestro digno, severo, sencillo, en cuya alma noble y sacrificada se nutrió la cultura de mi país y mi misma creación, ya que sabemos la verdad del aserto: A tal cultura, tal Arte.

Y ya están vivos, en una misma acción de gracias, lo mejor de mi alma —es decir, mi oración y mis cantos— y este recuerdo de un cercano y remoto Lauxar...

ESTHER DE CACERES

Nota: al pensar en la influencia de Osvaldo Crispo Acosta sobre la cultura del país recuerdo un documento de gran interés testimonial. Es una carta del escritor Francisco Espínola, quien revela en ella, con su entrañable poder de expresión, la imagen de aquel maestro removedor de vocaciones, creador de un estilo didáctico ejemplar. Gracias a la generosidad de Espínola puedo dar hoy,

junto a esta *Evocación de Lauxar* el texto de las dos cartas que aquí van, y que marcan un conmovedor punto de diálogo de Osvaldo Crispo Acosta con un ser cuya sensibilidad y talento supieron recibir, en lejanos días, su valioso don.

E. de C.

Dr. Osvaldo Crispo Acosta.

Mi estimado amigo:

Después de tanto aspirar a enseñar Literatura, y cuando tan a la fuerza había renunciado a ello, fui de pronto sorprendido con la noticia de mi designación para un Grupo en el Liceo Nocturno. Anoche di mi primera clase, debutando (no me regañe por el galicismo) con Esquilo y su Prometeo. Cuando volvía a casa, pensando en la misteriosa fatalidad de las cosas, aproximándome cada vez más a mi intimidad profunda, para esto pisando en los soportes ofrecidos por mil hechos, circunstancias, seres, ideas, sentimientos; cruzando sobre dolores, dichas, luchas, devociones, oficios, desgarraduras y bálsamos y días sin pan y noches inmediatas acostado, sin embargo, en el camastro como una espada; contemplando cómo yo erigía para mí la estatua de mi carácter, cómo iba contorneando al hombre grave que yo tenía que hacer de mí; cuando, satisfecho del espectáculo, en todo y a todo esto iba, di insensiblemente, con usted,

¿Por qué?

Hace ya tanto tiempo de aquello! No había cumplido yo los 18 años. Vine de San José a hacer los Preparatorios. Cierta vez, comentando con otro joven de mi pueblo, que era su discípulo, sobre la manera de dar usted las clases, me asaltaron deseos de escucharlo. Y un día, en vez de entrar en el salón de Física, que me correspondía, me senté entre sus alumnos. Usted llegó. Poco a poco, me embargó una profunda sensación que quizás en aquel momento no habría podido definir, pero que, después, con el tiempo, supe muy bien fue causada por la presencia actuante de un honrado, serio, acendrado conocimiento de lo que se tiene entre manos. Tal fue la impresión que, hace unos años, recordé cómo, en mi cuarto, luego, —por primera vez lo confieso—, me sentaba ante la pequeña mesa e improvisaba unas clases absurdas por lo incoherentes y disparatadas a un auditorio imaginario, imitando su característica voz.

Y así, luchando con mi deber de asistir a Física; unas veces, triunfante el sentimiento de obligación, otras cediendo a un impulso obscuro y fuerte —pero juro que siempre con doloroso conflicto interior— fui intermitentemente a sus clases y al fin perdí la reglamentación en mi materia.

Yo era en su clase todo oídos. Todavía surgen cosas de aquellos días en mi alma a influjo del menor intento de evocación. Hay un poema de Marquina, que nunca volví a ver —«La Granada» creo que se llama—, del que hizo usted un comentario que me estremeció porque me estaba dando usted un método para entrar en la creación literaria con los ojos abiertos y el oído «ligado al ojo». ¡Cómo recogí mi alma cuando se acercó el momento de ir a escucharle hablar de Bécquer, y cuando vi que se abría Baudelaire, a quien tanto amaba, casi sin comprenderlo, desde unas «Fleurs du Mal» cuyos márgenes ostentaban en muchos sitios —a fuerza de diccionario— la equivalencia española de la palabra original!

¡Qué limpieza de exposición, qué jerarquización de los elementos, qué manera de señalar el detalle significativo y preciso! ¡Y qué asombrosa utilización del tiempo! La tarea que otros cumplían, sin eficacia alguna, en meses, quedaba pronta en tres o cuatro clases!

Pero cuando aprehendí, cuando yo sentí que ya podía —de serme necesario— acercarme solo, para siempre, al arte, fue cuando usted leyó y comentó «Herman y Dorotea». La lectura de aquellas líneas en que la madre de Goethe cuenta su visión del niño con su capita azul patinando en la nieve... Luego, abordaba la obra: «Advertan el sentido práctico de esta ama de casa. Miren cómo, mientras anda por los senderos del jardín buscando a su hijo, se detiene para sostener los «tutores» de las ramas...»

Esa mano que afirmaba las varas de sostén me arrancó un velo del alma. Es difícil que yo pueda transmitirle lo que esa mano, en ese momento, significó para mi vida.

Y bien, doctor Crispo Acosta, cuando anoche llegué a mi casa, después de contar a mi mujer cómo desarrollé mi primera clase de Literatura y qué impresión tuve de mis alumnos, le dije que me consideraba obligado a escribirle. Lo que no le revelé, porque no lo sabía, fue una promesa que debo hacerme a mí mismo. Ella se concretó en mi espíritu a medida que la pluma se deslizaba para usted. Y la promesa es ésta: trataré de poner todo mi empeño en ser a la vez hondo y claro, penetrante y sencillo; me cuidaré de no deslumbrar jamás con alardes de erudición, entrando al alma de mis discípulos sin charangas inconducentes, con el paso natural, bondadoso y modesto y obscuro con que cumplo los otros modestos, diarios, menesteres; porque al deslumbramiento se reacciona cerrando los ojos, y es preciso enseñar a abrirlos hasta quedar sin párpados. Quiero mis clases en servicio de mis alumnos, no de mí.

Ahora, tengo delante, y acaricio, un sueño: el de merecer que, con los años, alguien me escriba una carta como ésta, con tanto afecto y con tanto agradecimiento.

Suyo,

Francisco Espínola (hijo)

Las cartas pertenecen al destinatario. Por eso, le solicito autorización para leer la copia que de ésta dejé a mis primeros alumnos de Literatura.

Montevideo, mayo 18 de 1945.

Sr. Francisco Espínola, hijo.

Estimado colega y amigo,

Gracias, muchas, muchísimas gracias por su carta de ayer. Cuando la leí anoche estuve tentado de ir a agradecerse personalmente con una visita, pero pensé que era lo más probable que no lo encontrara a Ud. a esas horas en su casa, y que si lo encontraba, podía ser importuno. Supongo que en sus palabras hay mucho de exageración imaginativa sobre sus viejas impresiones juveniles, y más todavía de amistosa generosidad, y ésta es lo que sobre todo le agradezco. Se engaña usted, por supuesto, sobre las excelencias de mis clases, y ese engaño podría halagarme si yo fuera vanidoso; pero creo no serlo, y por lo mismo las erróneas ponderaciones de Ud., bajo ese aspecto, poco o nada significarían para mí; en cambio no puedo ni quiero dejar de ver en ellas un sentimiento cordial, que acepto y estimo con íntima satisfacción.

No sé si, como Ud. dice, las cartas pertenecen a su destinatario, y no a su autor. Sea esto como fuere, claro está que puede Ud. hacer con la que me ha escrito cuanto desee y juzgue de su agrado. Permita, sin embargo, que le observe que podría Ud. muy bien comunicarla a sus discípulos sin decirles a quien fue

dirigida. Nada perderían con esto ni ellos ni Ud., y es posible que algo se gane de esta manera; porque si ellos me conocen y saben que se trata de mí, pensarán a la fuerza de Ud. que tienen un maestro que se engaña y se ilusiona malamente, y esto le quitaría a Ud. un buen tanto de su autoridad y prestigio.

Aprovecho esta oportunidad para felicitarlo a Ud. por la acertada disposición en que se muestra respecto del modo de encarar la enseñanza, aunque la felicitación, más que para Ud., debería ser para los estudiantes y para quienes le han confiado el aula que Ud. honrará con su inteligencia.

Otra vez mil gracias por su amabilidad conmigo.

De Ud. afmo. y siempre a sus órdenes,

OSVALDO CRISPO ACOSTA